

Conclusión general

Puede uno, al final de este estudio, interrogarse acerca de la especificidad actual de los campos que acabamos de describir. La ruina de los agricultores de laderas, la promoción de las llanuras litorales, el desarrollo del turismo y del riego son temas comunes alrededor del Mediterráneo. Los caracteres tan particulares de ciertos fenómenos —cultivos sobre arena, producción de frutas tropicales, etc.— ¿son en sí mismos algo más que curiosidades locales, detalles técnicos que no definen en absoluto la individualidad profunda de los sistemas en cuestión?

Los términos específicos de la vida rural tradicional en la Andalucía mediterránea están estrechamente ligados —recordémoslo— a dos fenómenos importantes: el peso de una naturaleza aplastante y la atomización de la sociedad agraria.

El hecho montaños, de entrada, condiciona rigurosamente toda la actividad agrícola y le impone una marca muy original. La génesis y evolución de los campos han debido tener en consideración los datos físicos apremiantes y sus formas modernas dependen de ellos en gran medida. Región de tiránicas pendientes y de pobres suelos, la Andalucía mediterránea es ante todo el dominio de la agricultura de vertientes, mediocre, difícil. Pero, gigantesca solana con clima privilegiado al tiempo que reserva hidráulica, la montaña es también madre de fecundidad. De aquí el carácter ambiguo en apariencia de la vida agrícola, a la vez extraordinariamente próspera en algunos lugares y profundamente teñida de pobreza en otras partes. Los campos de la Andalucía mediterránea forman un rompecabezas con piezas vivamente contrastadas: altas tierras, laderas y llanuras litorales sostienen sistemas variados que el rigor de los umbrales físicos separa radicalmente. *La complejidad de este mosaico, la violencia de las oposiciones individualizan potentemente ya a la Andalucía mediterránea en el seno del Sur ibérico.* Radicalmente diferente a la Andalucía del Guadalquivir, rica y uniforme bajo sus grandes llanuras de trigo y sus blandas colinas de olivos, ella es distinta también a las comarcas del sudeste árido donde la sequedad fuerza frecuentemente a la agricultura a dejar de lado las pendientes. En definitiva, el predominio de la arboricultura de vertientes constituye sin duda la marca personal más evidente de

la Andalucía mediterránea, más incluso que el exotismo curioso de las fórmulas de vegas litorales. Pero siempre la montaña está en el origen de la especificidad regional.

El campesinado y la atomización extraordinaria de las estructuras sociales constituyen rasgos no menos fundamentales de estos campos. En el mismo corazón de un Sur que se ha caracterizado demasiado esquemáticamente por el latifundismo, *la Andalucía mediterránea es un bastión de microfundismo*. Esta «excepción» notable a la escala de toda una región debe ser pues considerada como un tipo particular de organización agraria andaluza, como una de las facetas mayores —demasiado frecuentemente olvidada— de la vida rural del Sur ibérico que no responde al estereotipo del gran dominio de las «campiñas».

Sin embargo, el pequeño campesinado y las pendientes excesivas se encuentran asociadas a muchas otras regiones del contorno mediterráneo, desde la Kabilia a las montañas griegas y a Córcega, desde el Riff al «emparrado ligure» y a los Alpes marítimos franceses. Pero estos caracteres tan frecuentes están aquí exacerbados y acusan los rasgos más personales de una agricultura campesina de vertientes. Es de esta exageración de los datos físicos y sociales añadidos de donde nace la originalidad brutal del mundo agrario mediterráneo andaluz, hecha de excesos, de *una yuxtaposición* de realidades diversas pero *siempre exageradas*: riqueza y pobreza, fórmulas de policultivo alimentario de las más cerradas y monocultivos especulativos de lo más absolutos.

El hundimiento de los sistemas de vertiente y el desarrollo de las actividades litorales resumen la evolución del último cuarto de siglo. El refuerzo de la oposición entre laderas o montañas venidas a menos y llanuras costeras en expansión constituye un fenómeno ordinario en el mundo mediterráneo moderno. Nuestra región no escapa en absoluto al destino común y pierde aquí ciertamente una buena parte de su originalidad.

Por todas partes, *el tema de la emigración domina de ahora en adelante la vida rural de las regiones de vertientes* uniformizadas por comportamientos idénticos. Por otra parte, la intensidad de la crisis es magistral. Es la brutalidad del descenso demográfico lo que, tal vez, define mejor la personalidad actual de las comarcas

de vertientes de la Andalucía mediterránea. La rapidez de la decadencia es estremecedora: en dos decenios, comarcas enteras se han vaciado de su población, han abandonado lo esencial de sus actividades. La Alta Alpujarra —sobre todo al este— y la Serranía de Ronda registran verdaderos records de despoblación. En conjunto, la Andalucía mediterránea de los vertientes representa ciertamente uno de los polos principales de la emigración española, el foco de repulsión donde ésta se impone más violentamente. Exodo definitivo, migraciones temporales y partidas estacionales se suman para hacer del género de vida migratorio la realidad fundamental de estas regiones. La Andalucía mediterránea pierde aquí su personalidad, que ya no se manifiesta más —por un cierto tiempo— que por la agudeza extrema de la crisis.

El desarrollo de los litorales reposa, en ausencia de vocación industrial, en la promoción exclusiva de dos tipos de actividades: el turismo y la agricultura moderna.

La vía del gran turismo internacional emprendida brillantemente por la Costa del Sol malagueña no expresa en absoluto una elección determinada por las aptitudes o las necesidades particulares de la Andalucía mediterránea. Como en la mayor parte de los litorales mediterráneos recientemente promovidos al rango de grandes focos balnearios, no es sino la expresión de un fenómeno en gran medida exterior a la región, como incrustado en la comarca.

El desarrollo turístico no es ya el producto de los hombres de la región, sino el de intereses exteriores más potentes. Sin embargo, las características del medio humano autóctono no han sido en absoluto indiferentes. La pobreza de una economía agrícola exclusiva, la debilidad de una sociedad rural menuda, supercargada de hombres, han constituido otros tantos factores favorables al crecimiento acelerado del turismo. La abundancia de mano de obra, indispensable para la puesta en marcha de los grandes trabajos de equipamiento, el aislamiento de un microcampesinado sin defensa, deslumbrado por el anzuelo de ganancias fáciles que le parecían fabulosas, han servido en gran medida a la ambición de los promotores del turismo: el escaso coste del suelo y del trabajo les garantizaba beneficios en incremento. El «subdesarrollo» local, el microfundismo han podido ser,

desde este punto de vista, elementos importantes del desarrollo espectacular de las funciones turísticas. No obstante, la especificidad del medio socio-económico regional no ha podido ser sino un factor favorable aunque no determinante de este tipo de crecimiento. *La comarca y sus hombres no sirven sino de marco cómodo, de componentes útiles pero marginales de un fenómeno «deslocalizado», sin especificidad regional.* Tal fenómeno puede por otra parte parecer normal hoy: es común en todo caso a la mayor parte de las regiones nuevamente conquistadas para el gran turismo internacional.

Desde ahora se comprende que los resultados de la expansión balnearia responden mal a las necesidades de la región. Producido por fuerzas exteriores, el turismo no se enraiza en la región y no le aporta sino beneficios pronto decepcionantes. De hecho, sus consecuencias más evidentes proceden de un mecanismo rigurosamente lógico, desfavorable a largo plazo para los intereses regionales:

— Asfixia de las funciones preexistentes por un crecimiento turístico que confina a la monoactividad, desvía en su único beneficio las ventajas de todas las fuerzas del progreso, inhibe el desarrollo agrícola e industrial y conduce finalmente a un desequilibrio económico temible.

— Marginación de los hombres de la región reducidos en su inmensa mayoría a tareas subalternas o efímeras (la construcción).

El crecimiento balneario es, en el fondo y en gran medida, independiente del medio regional del que se nutre por un cierto tiempo, sin fecundarlo verdaderamente.

¡Consecuencias habituales, de hecho! Son éstas las que siempre proceden de la irrupción de potentes actividades modernas, importadas sin precauciones en un medio demasiado débil para asimilarlas, para controlarlas. *Traumatismo sufrido por toda economía subdesarrollada, demasiado brutalmente confrontada con funciones demasiado sofisticadas...* La Andalucía mediterránea no aporta, en este caso, sino una ilustración suplementaria de los riesgos engendrados por un proceso de carácter «colonial». El turismo, en efecto, no puede resultar fecundo para las poblaciones locales sino a condición de insertarse en un medio socio-económico lo suficientemente evolucionado como para saber

sacar partido de él, lo suficientemente sólido como para resistir a sus exigencias más excesivas. El problema se resume, de hecho, en una relación de fuerzas que aquí era particularmente desfavorable al mundo regional: agresividad máxima de un crecimiento turístico demasiado brutal y masivo para poder ser integrado en el medio local, insigne debilidad por el contrario de una sociedad campesina demasiado pobre para asumirlo.

Impotente, la Andalucía mediterránea ha sufrido el gran turismo sin poder retirar de él los medios de un desarrollo duradero. Semejante desgracia no le es exclusiva, sin embargo. La mayor parte de las regiones recientemente conquistadas por el gran turismo de masas han sufrido, en diversos grados, perjuicios comparables: las costas españolas principalmente —las Canarias sobre todo—, pero también las de numerosos países con estructuras socio-económicas retrasadas.

La singularidad de la Costa del Sol obedece únicamente a la particular mediocridad del balance turístico para la región, a la extrema modestia de sus efectos positivos (trabajo estacional, aligeramiento oportuno de las estructuras del empleo en una época crucial) en relación con la importancia de sus consecuencias negativas (bloqueo del desarrollo industrial, freno a la modernización agrícola, reflujo dramático del empleo paraturístico, etc.). Es éste, sin duda, el resultado de un desequilibrio particularmente acusado, de partida, entre agentes exteriores y resistencia local. De aquí la inferioridad de la Andalucía mediterránea en comparación con otros focos turísticos donde, cada vez que este desequilibrio inicial se ha revelado menos grave, los beneficios regionales del crecimiento balneario han sido mucho más considerables.

Así la Costa del Sol no puede, desde este punto de vista, ser asimilada a los más antiguos focos turísticos mediterráneos, a la Riviera italiana o a la Costa Azul, a pesar de un aparato balneario comparable hoy por su volumen. Sin duda la función balnearia es también exclusiva alrededor de Niza o de San Remo, como alrededor de Málaga, pero su crecimiento ha sido mucho más progresivo y espaciado en el tiempo: ha sido al mismo tiempo incomparablemente menos agresivo, integrándose poco a poco en el medio hasta animar realmente a la vida regional. El traumatismo turístico ha afectado, sin embargo, duramente tam-

bién al equilibrio de los Alpes marítimos franceses, la urbanización «insular» de la Costa Azul ha podido precipitar el declive de la zona del interior y tener consecuencias esterilizantes. No parece, a pesar de todo, que el desarrollo balneario haya tenido allí una agresividad tan grande, tan brutal como en la Costa del Sol. La Costa Azul y su población, los Alpes marítimos en su conjunto incluso, viven hoy del turismo. No es éste el caso a las propias puertas de la Costa del Sol donde la población andaluza, perturbada en sus actividades personales, no se ha beneficiado en absoluto en contrapartida de un empleo turístico de sustitución capaz de asegurar su porvenir.

Finalmente, la Costa del Sol se distingue igualmente de muchos otros focos balnearios españoles que pertenecen como ella no obstante a la misma generación, muy reciente, del gran turismo internacional. Se piensa sobre todo en las costas catalanas, en la Costa Brava, en las Baleares. Aquí, por el contrario, la vitalidad de la economía preexistente al turismo, la solidez mayor de las sociedades rurales han limitado considerablemente los efectos más negativos del desarrollo balneario: las poblaciones locales han podido retirar de él, con frecuencia, duraderos y sustanciales beneficios. Los beneficios del turismo han podido incluso relanzar la economía agrícola, facilitar su modernización: el campesino del centro de Mallorca, el de Ibiza también —la isla sin embargo más sometida a la invasión inmobiliaria exterior—, ambos estacionales «en la costa», han podido financiar así el riego de nuevas tierras a pesar de la ayuda insuficiente de los organismos de crédito agrícola. El turismo ha sido allí el fermento de un progreso efectivo.

En el término de quince años de crecimiento espectacular, el turismo de la Costa del Sol no ha engendrado en absoluto el desarrollo en profundidad calculado para la Andalucía mediterránea. Queda para el porvenir de las poblaciones locales el superar el traumatismo de la irrupción balnearia y esperar el reequilibrado de las estructuras de una economía demasiado dependiente. La promoción de nuevas actividades de relevo —agrícolas, industriales— al servicio de los hombres de la región aparece hoy como una necesidad imperativa.

La vía de la agricultura moderna, la que se encuentra sobre todo a lo largo de las costas orientales, ofrece por el contrario

más originalidad y más seguridad. El éxito es menos espectacular que el del gran turismo, la fachada menos brillante, pero los efectos incomparablemente más positivos. La agricultura moderna —huertos «tropicales», cultivos sobre arena—, al contrario de las actividades balnearias, representa a la vez una vía original de la Andalucía mediterránea y una base notable para su desarrollo.

La especificidad regional de las nuevas agriculturas se marca tanto más netamente, en efecto, cuanto que ella ha surgido de la combinación inimitable de los caracteres más personales del medio mediterráneo andaluz. Ella resulta primera y fundamentalmente de los privilegios térmicos excepcionales que procura el abrigo de la montaña: es significativo a este propósito que los huertos «tropicales» o los cultivos sobre arena desaparezcan en cuanto se esfuma la montaña y termina la Andalucía mediterránea. Pero ella resulta tanto del cultivo profundamente campesino que caracteriza estas comarcas. Las nuevas fórmulas derivan, en lo esencial, de procedimientos locales muy antiguos y, en el fondo, de un perfeccionamiento ingenioso de técnicas o de producciones tradicionales: así para el chirimoyo como para el enarenado. Sobre todo, tales sistemas no son apenas concebibles, sino en el marco exclusivo del microcampesinado y de prácticas puramente manuales en la línea recta de la tradición.

También y porque precisamente nace del alma regional y se integra perfectamente a sus tradiciones, la nueva agricultura representa una base extremadamente sólida para el desarrollo económico y social de la Andalucía mediterránea. Puesta a punto por los hombres de la región, dirigida por ellos y en su beneficio, ella constituye una fuente real de enriquecimiento para la región, una oportunidad inesperada de promoción para los más menesterosos y un exutorio formidable para las poblaciones expulsadas de la montaña.

Tal éxito resulta ciertamente ejemplar. Tal vez es incluso susceptible de abrir horizontes nuevos a otros medios agrícolas retrasados dotados de algunos privilegios térmicos y de un campesinado abundante, de servir de modelo de desarrollo aplicable en otros lugares. Factores fundamentales de éxito, las ventajas térmicas y la presencia de una numerosa mano de obra habi-

tuada al trabajo manual no son suficientes sin embargo para asegurar el éxito. Para explicar este último, tales condiciones indispensables deben todavía apoyarse en algunos prerequisites que juegan un papel muy importante: prerequisites materiales —dotaciones hidráulicas y equipamientos—, requisitos mentales finalmente —una voluntad innovadora, pionera—, cuya influencia es decisiva.

1. *Una política hidráulica* de la que se ha querido hacer la palanca fundamental, incluso exclusiva, del progreso agrícola, no es suficiente por sí sola para asegurar el desarrollo con éxito de tales economías. Es indispensable aunque no determinante. El ejemplo de la Hoya de Málaga nos proporciona una demostración aplastante. Pese a su envergadura notable, la empresa de riego del Plan Guadalhorce no ha suscitado en absoluto un éxito agrícola a la medida de las posibilidades locales. El menor éxito de los perímetros malagueños no hace sino subrayar, una vez más, la insuficiencia de la política hidráulica como único medio de desarrollo. *El agua no es un remedio absoluto* para los problemas de la agricultura mediterránea, ni incluso un medio forzosamente eficaz de su promoción. La conclusión no es nueva en absoluto. Desde hace algunos años, otros autores han venido insistiendo en este aspecto, notablemente a propósito de los destinos del riego del Languedoc, de la política hidráulica española o del Levante murciano. El agua no es realmente eficaz más que si es bien utilizada y sirve para promover sistemas lo suficientemente remuneradores como para estimular el afán de progreso.

2. *Las formas de la colonización agraria* revisten, desde ahora, una importancia capital y garantizan, en definitiva, el éxito de la empresa. Pues bien, la amplitud de las infraestructuras necesarias así como las condiciones —siempre delicadas— del cambio de sistemas agrícolas —del secano al regadío, de lo tradicional a lo moderno— suponen en la mayoría de los casos la intervención tutelar de organismos públicos, únicos capaces de asegurar la realización de tales operaciones. Las modalidades de la acción oficial —la del IRYDA en el caso de nuestras regiones— juegan pues un papel preponderante en cuanto al resultado de la empresa. Su éxito depende fundamentalmente de la actitud de participación activa del campesinado en cuestión.

Desde ahora, los medios propios para estimular el dinamismo de los hombres no pueden ser olvidados.

La esperanza en un verdadero éxito económico es, de primeras, el factor esencial del entusiasmo individual, el motor actuante. Pues bien, se reprocha frecuentemente a la colonización española el haber creado demasiadas explotaciones con mediocre rentabilidad, el haber establecido una clase de colonos frecuentemente decepcionados y poco progresistas. El análisis del Plan Guadalhorce nos lleva, en este sentido, a conclusiones comparables a las que han sugerido con frecuencia los estudios anteriores sobre el Plan Badajoz o las zonas de colonización de la Baja Andalucía, las de Viar o del Guadalquivir:

- La insuficiencia de las atribuciones fundiarias es generalmente alegada para explicar el mediocre balance de la colonización oficial. En Málaga, Cádiz o Badajoz, las nuevas explotaciones son demasiado pequeñas para poder proporcionar beneficios interesantes mientras que, muy frecuentemente, subsisten vastos dominios preservados de toda redistribución. La colonización oficial ha querido hacer —equivocadamente sin duda— «la economía de una reforma agraria» (Bethemont). Este no es sin embargo el problema clave en lo que concierne a la Andalucía mediterránea: la rareza de la gran propiedad reduciría aquí considerablemente el alcance de una nueva redistribución fundiaria;

- la «superintensificación» puede por el contrario resolver el problema de las pequeñas tenencias de colonos gracias a las ventajas climáticas excepcionales de la zona. Pues bien, en Málaga, contrariamente a Almería, el error principal del I.N.C. es ciertamente el no haber sabido favorecer la eclosión de tales fórmulas e incluso el haber ocultado sus perspectivas preconizando producciones (agrios) inadecuadas dentro del marco de la microexplotación. Sin duda se encuentra aquí un factor capital del problema: la concepción de un marco eficaz.

Para los organismos de tutela, la preocupación por preservar la espontaneidad creadora de los agricultores constituye ciertamente uno de los elementos centrales que condicionan el éxito. Este último no se da sin una cierta flexibilidad del sistema que deje a los interesados la libertad para emprender y asumir los riesgos. En el fondo, el éxito de la colonización, que es ante todo creación de espacios nuevos, de una sociedad y de una

economía nuevas, no se da sin una cierta mentalidad pionera. El ejemplo del Campo de Dalías está aquí para probarlo como, por el contrario, el del demasiado «clásico» Plan Guadalhorce. El caso del Campo de Dalías podría, por el contrario, servir como referencia para una colonización eficaz. El se define esencialmente como la asociación de los principios de intervención directa del Estado y de la libertad ampliamente ofrecida a las acciones espontáneas. La fórmula obtiene su eficacia en el apoyo mutuo que se prestan estos dos elementos aparentemente antinómicos.

La intervención del Estado ha sido indiscutiblemente determinante. Sin ella, toda tentativa hubiera sido vana o hubiera estado condenada a resultados limitados, pues sólo los poderes públicos disponen de recursos suficientes para crear la infraestructura necesaria a una colonización de cierta amplitud. La empresa privada individual ha constituido, por el contrario, el motor decisivo de la conquista agrícola, propiamente dicha. Libre de limitaciones en la mayor parte del Campo, exenta de todo control fundiario del I. N. C., el empuje pionero resulta sobre todo de una proliferación espontánea de pequeñas empresas individuales. La repartición de lotes de las tierras, el poblamiento y la puesta en explotación han sido aseguradas ante todo por iniciativas privadas.

Está claro que el resorte determinante de la acción pionera, en el marco de una economía de mercado, es la atracción por los grandes beneficios individuales que únicamente suscitan el entusiasmo indispensable a tal empresa. En este contexto, el papel de la especulación es ciertamente decisivo: la eficacia de la colonización reposa en el éxito de un cultivo típicamente especulativo cuyos beneficios importantes permiten la amortización rápida de las pesadas deudas contraídas por los explotantes; por lo mismo, el juego de la plusvalía fundiaria favorece la redistribución espontánea de las tierras. Admitir la eficacia de tales motivaciones implica que toda latitud sea dejada a los hombres: libertad en materia de cultivos, así como en materia de transacciones fundiarias.

El dirigismo estrecho, por el contrario, se ve privado de la palanca esencial del entusiasmo pionero. Opone la prudencia realista del planificador a la aventura individual. Al limitar las responsabilidades privadas, se encarga de la totalidad de los

riesgos de la operación y, por ello, se condena a una prudencia paralizante que no utiliza sino imperfectamente las energías disponibles. Seguros, razonables, los cultivos preconizados con mayor frecuencia permiten a los colonos alcanzar un nivel de vida decente, indiscutiblemente superior al estado de subdesarrollo donde se encontraban antes; por el contrario, apenas autorizan sino beneficios modestos y confinan a los interesados a un porvenir mediocre, exento de miseria aunque desprovisto del atractivo de un éxito pleno. El empuje pionero está ausente, por falta de motivaciones suficientes, y el alcance regional de la colonización queda con frecuencia limitado.

La experiencia ha demostrado suficientemente la importancia de tales defectos como para que un intervencionismo más flexible prevalezca por todas partes hoy. Sin duda es demasiado tarde, no obstante, para relanzar útilmente el Plan Guadalhorce que —es cierto— apenas se ha beneficiado de una coyuntura favorable: la colonización en Málaga ha visto sus deficiencias desgraciadamente amplificadas por el éxito simultáneo de una actividad balnearia demasiado atractiva. El pleno éxito de la colonización del tipo Campo de Dalías supone con seguridad un tremendo despliegue de energía, una suma gigantesca de esfuerzos individuales difícilmente compatibles con la existencia de otras actividades dinámicas donde el éxito pueda parecer más fácil. El éxito de las nuevas agriculturas ¿no se ve así condicionado por la ausencia de otras salidas que obligue a los hombres a superarse e hipotecado, a la inversa, por la concurrencia de otras funciones más brillantes, tales como el turismo?

¿Gran turismo o nueva agricultura? Uno y otra ejercen actualmente una atracción equivalente en la Andalucía mediterránea. Su radio de influencia interviene en espacios de las mismas dimensiones (fig. 35) habitados hacia 1950 por poblaciones rurales de la misma magnitud. En definitiva, el peso regional relativo de una y otra vía es cuantitativamente muy comparable.

Pues bien, estas fuerzas equivalentes parecen excluirse espontáneamente. En efecto, una de las verificaciones más curiosas que se obtiene observando la distribución de las nuevas actividades costeras es la separación geográfica rigurosa de sus áreas de desarrollo, turismo en el oeste, agricultura en el este.

¿Azar, capricho de la geografía? *La incompatibilidad entre estos dos tipos de crecimiento resulta más bien del antagonismo de sus necesidades respectivas.* El desarrollo del gran turismo y el de las nuevas agriculturas apelan a los mismos medios, a las mismas energías: su desarrollo simultáneo en lugares comunes es, pues, difícil sin una concurrencia peligrosa que afectaría a la plena expansión de cada uno de los protagonistas. La concurrencia en el espacio, en el agua no es, sin duda, la más limitativa. Por el contrario, la que se ejerce con los hombres es ciertamente decisiva. Para instalarse y crecer, el gran turismo necesita la participación masiva de la mano de obra local o regional que, entonces, no queda ya disponible para tareas tan duras como las de la conquista agrícola. El problema es, más fundamentalmente aún, el de un cambio de mentalidad: el turismo, al proponer muy rápidamente ganancias relativamente fáciles, al ofrecer la aparente promoción de un género de vida urbano, ejerce una atracción más viva sobre las poblaciones, sobre los jóvenes especialmente, y suscita finalmente el rechazo de la vida agrícola. Esta última parece mucho más ingrata en efecto: no se da sin penas, sin obstinación, sin riesgos. La nueva agricultura supone, en el fondo, este espíritu pionero que, por el contrario, el turismo tiende a paralizar. Por un lado, la aventura agrícola, por el otro, la actitud pasiva de empleados sometidos a una función turística que les desborda.

Sin duda, en otros lugares o en un contexto diferente, la incompatibilidad no resultaría forzosamente fatal, ni la elección tan necesariamente absoluta. Un turismo más modesto y mejor enraizado en la comarca y una agricultura moderna menos exigente en energía podrían cohabitar en espacios menos reducidos. Pero, en la Andalucía mediterránea, cada una de las dos vías de crecimiento es, de alguna manera, demasiado «totalitaria», para poder admitir una repartición del espacio y de las fuerzas humanas que, en un punto dado, ella absorbe integralmente. De aquí la especialización estrecha de las secciones del litoral, único emplazamiento aceptable y sin amplitud para las actividades modernas regionales.

¿Gran turismo o nueva agricultura? El campesino debiera, a nuestro parecer, continuar siendo el agente esencial del desarrollo de la Andalucía mediterránea y quien garantice el mantenimiento de su personalidad.